sea, que no esté formado por una cantidad determinada de moléculas y de átomos, cuya pequeñez va más allá que la fuerza de todos los microscopios.

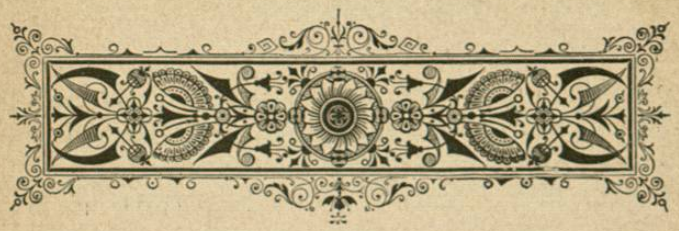
La ballena, el elefante, el hombre en su aspecto material, no son más que un conjunto de células.

No desdeñéis nunca las cosas pequeñas; son la base y la condición de las que nos parecen grandes. Además, en esto de lo grande y lo pequeño no hay verdadera realidad; son meras palabras, que expresan una comparación. Al hombre le parece pequeño el grano de arena que ante un animalillo microscópico será mayor que el Himalaya para nosotros; el mundo que habitamos, y que nos parece inmenso, es un átomo si se le compara con el Sol; y muchas de las aspiraciones ambiciosas que alimenta el orgullo humano, y que concibe como grandezas, son, en realidad, miserias y vanidades tan ruines, que no merecen la pena de ocupar la atención del hombre justo.

Todo, hasta lo que parece más grande, es pequeño si se compara con la majestad divina; y todo, hasta lo que parece más pequeño, es grande y respetable como manifestación del poder y la sabiduría de Dios.

FIN.

EL ARTE DE MATAR RATAS



EL ARTE DE MATAR RATAS

Al puerto de Vigo, que, dicho sea de paso, es uno de los más bonitos de España, llegó, no ha mucho tiempo, un buque noruego de gran porte, que llamó la atención por lo preciso y bien ejecutado de sus maniobras.

Aquella noche apareció en los periódicos de la localidad el anuncio de su llegada, y además el de que el patrón del buque ofrecía una gruesa suma á aquel que por medio de una industria cualquiera librara al barco de la horrible plaga de una legión de ratas, que le traían casi destrozado. La recompensa era crecida, y no pocos se presentaron para ganarla; pero aquellas ratas, que infes-

taban la cala y la bodega del bergantín, sabían más que Leppe y no había medio de exterminarlas. El veneno fracasó, porque todas las bolillas de estricnina que pusieron se encontraron intactas, como si las ratas consabidas supieran más farmacia que un boticario. Según me dijeron, uno de aquellos bichos adelantóse gravemente hacia una de aquellas bolillas, la olió y, dándola un manotazo, desapareció con sus compañeras por entre las tablas del buque. Los gatos perecieron á dentelladas, acosados por el número de sus naturales enemigas, y en Sevilla comenzó el patrón á publicar anuncios en busca del medio de acabar con aquella plaga.

.. llegó un buque noruego de gran porte...

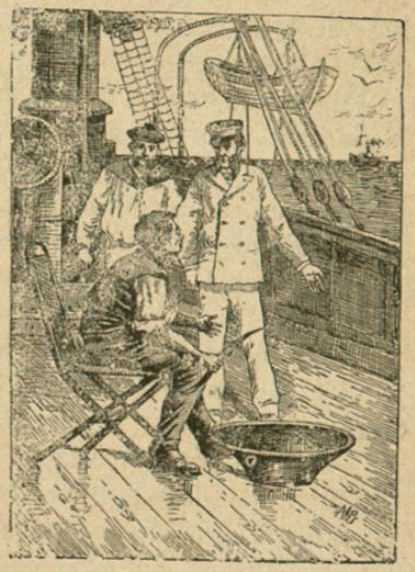
Allí se presentó un individuo que, sin revelar el procedimiento, aseguraba que mataría todas las

ratas del barco, sin dejar ni una sola para muestra, y en tan poco tiempo y con tal facilidad, que se conformaba por toda recompensa con diez duros y el pasaje gratis desde Sevilla á Cádiz, siempre que le permitiesen hacer la operación en el camino.

Consintió el patrón, muy esperanzado al ver lo resuelto del andaluz, y éste le dijo:

—Como ustedes me ayuden, es cuestión de quince minutos.

Hízose el barco á la vela, y apenas hubieron franqueado la desembocadura del Guadalquivir, cuando nuestro andaluz pidió un gran barreño y una silla; sentóse, se remangó los brazos, sacó un enorme cuchillo y dijo á los marineros:



—Vayan ustedes trayendo ratas...

—¡Ea! Vayan ustedes trayendo ratas, que yo las iré matando.

Llamóse á engaño el capitán; pero el andaluz le dijo que él se había comprometido á matarlas, mas no á cogerlas, que ése es oficio de gatos y no de racionales.

Escarmentado con esa broma el capitán, resolvió no tratar sino con personas formales que tuvieran buenas referencias.

Cuando de Sevilla pasó á Vigo, entre los que acudieron, atraídos por el anuncio, había un joven de diez y ocho á veinte años, de cara inteligente, que, acercándose al patrón, le preguntó qué medios se habían empleado hasta el presente contra aquella turba destructora, y enterado le dijo:

—Yo me obligo á matar esas ratas.....

—Y á cazarlas también—dijo el patrón;—no tengamos lo que en Sevilla.

—Las mataré, sin cazarlas, en su propia madriguera, empleando para ello un veneno que no hace ruido ni huele mal, y que penetra por todas partes.

—Y ¿qué veneno es ése?

—El ácido carbónico. Eso que produce la espuma del agua de Seltz.

—Y ¿cómo los que bebemos el agua de Seltz no nos envenenamos?

—Porque, para que sea mortal, es necesario respirarle mucho tiempo. Mi proyecto consiste en

fabricar una gran cantidad de este ácido, que, como usted sabe, es gaseoso, é inundar con él el interior del buque.

En efecto, autorizado por el patrón, echó en un tonel cosa de cien kilos de bicarbonato de sosa y ácido sulfúrico y agua, y en la espita del tonel colocó un tubo de goma que iba á parar á la bodega.

En el momento en que el bicarbonato y el ácido sulfúrico se pusieron en contacto, prodújose una terrible fermentación, y el ácido carbónico desprendido en la combinación salió por el tubo y, como es más pesado que el aire, fué llenando poco á poco el interior del bergantín, en el cual, claro está, no había ningún tripulante.

Para saber cuándo el ácido carbónico, que es invisible y no tiene olor, llegaba hasta la cubierta del buque, colocó algunos faroles á diferentes alturas, observando que se apagan conforme el aire iba siendo reemplazado por ese gas impropio para la combustión y para la vida.

Cuando ya llegaba á la propia cubierta el veneno, cerróse la escotilla, y así permaneció el buque unas cuantas horas. Y aquí de los apuros de las ratas, porque ellas observarían sin duda con extrañeza aquellos preparativos y no pudieron imaginar que les iban á quitar el aire y que iban á perecer asfixiadas. Un dulce sueño comenzó á

apoderarse ellas, que de seguro se dirían: «ésta es la hora de la siesta»; mas ¡ay! aquélla fué la última que durmieron, y de aquel ejército de ratas compuesto de padres, madres, hijos, parientes y testamentarios, no quedó ni una para contarlo, y el buque quedó limpio de roedores.

...no quedó ni una para contarlo.

El joven fué recompensado espléndidamente, y su procedimiento ha sido ensayado siempre con éxito en casos análogos.

Cuando en la mesa os sirvan agua de Seltz en el vino, recordad que esas burbujas que suben y estallan, con ruido de hervidero, son producidas por un gas que os refresca el estómago en dosis pequeñas, pero que acabó con tres ó cuatro generaciones de ratas en el buque noruego anclado en Vigo.

MADRID